

EL CANAL DE SUEZ EN LA EVOLUCION ACTUAL DEL CERCANO ORIENTE

Los dos primeros meses del corriente año 1968 señalaron en la trayectoria general de los problemas del Próximo Oriente una especie de pausa, no muy ruidosa, pero cargada de significados y posibilidades. Los comentarios y las deducciones sobre las gestiones de Gunnar Jarring, las perspectivas de que el asunto de Palestina tenga que volver a la O. N. U. y el interés de que los Estados Unidos actúen no oficialmente sobre Israel para que acepte sin rodeos la resolución del Consejo de Seguridad del 22 de noviembre de 1967, componían al terminar febrero el sector de interés más directo. Después eran otros valiosos factores colaterales: el de la influencia de la situación sobre el aplazamiento de la proyectada cumbre árabe de Rabat; el de las visitas hechas al norte de Africa y España por el ministro de Asuntos Exteriores de la R. A. U., Mahmud Riad; y las incógnitas de los cambios que en las zonas navales del Golfo Pérsico y el Mar Rojo está produciendo la retirada británica del Asia meridional (aparte de los efectos regionales ocasionados por la presencia de la flota soviética en el Mediterráneo).

Lo más característico de todos estos aspectos y de otros más parciales, como las evoluciones políticas internas de Egipto, Siria o Israel, ha venido siendo la concentración de todos ellos sobre la cuestión del Canal de Suez, o mejor dicho la conversión de dicha cuestión del Canal en una especie de patrón, con el cual se han venido midiendo todos y cada uno de los problemas.

La primera declaración oficial sobre una posible reapertura de la vía de agua de Port Saïd y Suez fue la hecha el 13 de diciembre del pasado año por el portavoz oficial de la República Árabe Unida, doctor Mohammed Hassan Az Zayyat. Dicho portavoz manifestó que la evacuación de todo el territorio egipcio ocupado por las tropas invasoras israelíes al este del Canal era una condición *sine qua non* para su reapertura. El 28 del mismo mes, el ministro de Asuntos Exteriores de la R. A. U., Mahmud Riad, recibiendo

el embajador Gunnar Jarring, enviado especial del secretario general, le dijo que Egipto estaba dispuesto a limpiar parcialmente el Canal para que pudiesen salir los catorce buques de distintas nacionalidades que están bloqueados allí desde la guerra de junio. En cuanto a Israel, aunque en los primeros momentos se opuso abiertamente a que los barcos pudiesen salir, en cambio no lo hizo a que se emprendiesen operaciones de limpieza, a pesar de que sin tales operaciones los barcos no podrían salir.

El contrasentido de tal posición del Gobierno de Israel fue explicado por su ministro de Defensa, Moshe Dayan, al decir al jefe de los observadores de la O. N. U., general Odd Bull, que lo que Israel no admitía era que Egipto utilizase remolcadores en sus operaciones de limpieza del Canal. Desde agosto del mismo 1967 existía un convenio que los observadores de las Naciones Unidas habían logrado hacer aceptar a egipcios e israelíes, prohibiendo que buques de ninguna de las dos partes utilicen las aguas del Canal en tanto que éste sea un límite entre fuerzas armadas de ambas. Moshe Dayan decía que los remolcadores «eran también barcos». En realidad, los más directamente perjudicados por la intransigencia sionista eran los países extranjeros a quienes pertenecían los buques encallados.

El 9 de enero de 1968, el subsecretario de Asuntos Exteriores de El Cairo, Salah Gohar, conferenció con los embajadores de España y Suecia en Egipto, como especialmente representativos del cuerpo diplomático en relación con la situación, y les dio cuenta tanto de sus cambios de puntos de vista en las primeras entrevistas con Gunnar Jarring como de las gestiones hechas a través del general Odd Bull. Añadió Salah Gohar que en todo caso el Organismo Directivo del Canal de Suez estaba pronto a actuar para liberar a los barcos detenidos.

El 25, la Secretaría General de la O. N. U. fue informada de que Israel aceptaba los planes para soltar los buques.

Dichos buques están en su mayoría parados en el tramo Sur; es decir, el cercano al puerto de Suez y el acceso al mar Rojo. El 27 de enero, tres dragas y un remolcador egipcios, pertenecientes al organismo del Canal, iniciaron los trabajos de reconocimiento en el tramo que va desde los Lagos Amargos hasta Suez, comprobando el calado y las corrientes. El día 29 se corrieron hacia el Norte, en el sector de Ismailía y el lago Timsah, para completar el examen de las condiciones de la vía de agua, lo cual había durado otros tres días. Pero a las ocho de la mañana del día 30, cuando salieron las embarcaciones técnicas llevando solamente ingenieros, directores y obre-

ros del Canal, las fuerzas israelíes dispararon sobre ellas sin previo aviso [según comprobó personalmente el observador sueco, comandante Glören]. Poco después contestaron a los israelíes los cañones egipcios de la orilla Oeste, y sólo a las doce y media consiguieron los observadores neutros que cesase el mutuo tiroteo.

Como consecuencia de la acción israelí, el día 31 fue anunciada oficialmente en El Cairo la suspensión indefinida de todo lo iniciado en beneficio de los barcos extranjeros. Entre tanto en la prensa oficial y oficiosa de la capital árabeunida se expresaba la posibilidad de que la R. A. U. no volviese a procurar la liberación de los barcos detenidos, hasta que la crisis del Oriente Medio no sea resuelta totalmente.

El mismo día 31 fue distribuido en Nueva York, por la Secretaría del Consejo de Seguridad, un informe especial sobre los incidentes y la evolución de las operaciones para soltar los navíos bloqueados. En dicho informe se incluía una carta que el general Odd Bull había enviado a Moshe Dayan, estimando que el sondeo del Canal por embarcaciones especiales y la liberación de los barcos encallados eran operaciones que se completaban y sólo beneficiaban a los países propietarios de los barcos detenidos. Así el informe del Consejo de Seguridad apoyaba el punto de vista de la R. A. U. sobre el sondeo indispensable para determinar el camino que los barcos debían seguir para salir a alta mar.

Después del incidente del Canal, toda la atención de los informadores de los diferentes países (sobre todo en Europa Occidental), se volvió sobre las posibilidades de éxito de Gunnar Jarring, que desde diciembre de un año a febrero del otro (y con una base en Chipre) estuvo yendo y viniendo a Israel y a las capitales de los países árabes contiguos, en una doble misión de información y tentativas de ejecución. Información respecto a las posibilidades de que el alto el fuego vigente desemboque, por lo menos, en una especie de nuevo armisticio. Ejecución de la resolución por la cual el Consejo de Seguridad tendía a que, como un paso previo para la paz, Israel comience por evacuar los territorios ocupados por la fuerza en junio. Lo uno y lo otro supeditados a las posibilidades de acción del enviado especial del secretario general.

El doctor Gunnar Jarring es reconocido unánimemente como un hombre de buena voluntad. Durante tres meses consecutivos ha estado yendo y viniendo a través de todas las capitales del Próximo Oriente, mezclando las consultas y las proposiciones tanto a Israel como a los Gobiernos de los

países árabes que lindan con Israel, sin que al terminar febrero se hubiese llegado a ningún resultado positivo. El 28 de ese mes emprendió el mediador especial del secretario general de la O. N. U. su viaje de regreso a Nueva York, para dar cuenta del resultado de su misión, y todo hacía pensar que pudiese considerarse fracasada, por lo cual se creía que el problema tendría que volver a ser tratado por la Asamblea General de las Naciones Unidas.

La principal causa del fracaso era el recelo y el pesimismo general de los árabes ante la forma de tratarse el objetivo de la misión de Gunnar Jarring. En efecto, ante todo se tenía en cuenta que dicha misión consistía en poner en vigor la decisión que el Consejo de Seguridad tomó por unanimidad el 22 de noviembre de 1967, y que tendía, en primer lugar, a que Israel evacúe las zonas árabes ocupadas por la fuerza en la guerra de junio. Dicha decisión era imperativa, e Israel tenía que haberla aceptado en conjunto como requisito básico, aunque luego hubiese negociado, no sólo sobre el modo y la extensión de su retirada, sino sobre las ventajas o las garantías que hubiese obtenido respecto a fronteras, libre navegación, destino definitivo de los refugiados, etc.

En Jerusalén, el 21 del mismo febrero se decía en los círculos políticos bien informados que los gobernantes israelíes habían dicho a Jarring que ellos aceptaban la resolución del 22 de noviembre sólo como «un punto de partida», y que «la segunda etapa» ha de consistir en que se lleven a efecto negociaciones directas de Israel con todos y cada uno de los países árabes directamente afectados por la ocupación (es decir, la R. A. U., Siria y Jordania). En cuanto al contenido de dichas negociaciones, los gobernantes israelíes pretenden que se discuta «a partir de la línea de alto el fuego». Esta pretensión no sólo es un intento de prescindir de toda intervención de la O. N. U., sino de tratar con los países sueltos, para irles aislando e imponiéndose.

Los gobernantes árabes de Damasco, El Cairo y Amman manifestaron por su parte públicamente que habían expresado a Gunnar Jarring sus deseos de que ejerciese presión sobre Israel para que éste aceptase en su conjunto la resolución de la O. N. U. y sólo después se pudiese tratar la forma de la evacuación. Además, los tres Estados árabes referidos manifestaron su decisión de seguirse ateniendo a las decisiones tomadas por la Conferencia de la Liga Árabe en Jartúm, no aceptando reconocer a Israel ni tener negociaciones directas con la misma. Sin embargo, los árabes que tienen zonas ocupadas por Israel, lo mismo que los otros Estados más remotos que están

asociados con ellos en la Liga Árabe de El Cairo, se encuentran ahora de hecho con una gran contradicción entre las palabras y los hechos. Es cierto que en la conferencia «cumbre» de Jartúm se establecieron las bases de la cooperación interárabe; pero no se definió el modo de llevar los contactos especiales, como éste de la misión de Gunnar Jarring. Así, en cada país, los gobernantes han adaptado actitudes provisionales y diferentes. Siria se negó rotundamente a escuchar a Jarring en tanto que Israel no se retire previamente. Sobre Jordania, las informaciones eran contradictorias. Y en la R. A. U., mientras sus dirigentes reiteraban públicamente su voluntad de «liquidar las huellas de la agresión», en los círculos políticos cairotas se creía útil que la misión de Jarring se prolongase, y que Egipto podría enviarle un emisario para ayudarle en su cuartel general de mediación.

En cuanto al papel de la cuestión del Canal de Suez respecto a la misión del enviado especial de la O. N. U., había dos aspectos principales: los arábigos y los mundiales. Sobre lo primero, los portadores oficiales de El Cairo hacían sobre todo reservas de prestigio y soberanía. Por ejemplo, en el diario oficioso *Al Ahrám* se comunicaba que el Canal no se abriría nuevamente hasta que sea previamente cumplimentada la Resolución de la O. N. U. del 22 de noviembre, y que de ningún modo se aceptarán las garantías verbales que Gunnar Jarring pueda dar en nombre de Israel. Tales garantías significarían que Israel tendría voz y voto en los asuntos del Canal, lo cual nunca aceptaría ningún gobernante egipcio. También se había dicho que el desbloqueo de los buques extranjeros embarrancados se haría bajo supervisión del general Odd Bull, jefe de los observadores de la O. N. U., pero Egipto lo rechaza por los mismos motivos de soberanía; y el doctor Hassan Zayyat, portavoz oficial de la R. A. U., dijo que el hecho de informar a los observadores acerca de toda medida egipcia referente al Canal no significa pedir su consentimiento para aplicarla.

El aspecto mundial de la cuestión del Canal es, sobre todo, el de los perjuicios que ocasiona a la navegación y la economía internacionales. Por ejemplo, el trayecto naval desde Marsella a Bombay a través de Suez tiene una longitud de 4.600 millas marinas, mientras que dando la vuelta por el cabo de Buena Esperanza se eleva a 10.400. Desde Londres a Singapur por el Canal son 8.300 millas marinas, y 11.800 por el cabo. Así se ahorran recorridos de un 30 a un 56 por 100, además de las ventajas en los aumentos de viajes de ida y vuelta, con pausas de descanso más largas para las reparaciones en los buques, reducción de los precios en las mercancías, ruta de

navegación más segura, etc. El uso actual de la ruta de El Cabo, después de junio de 1967, tiende a elevar las tasas de los fardos y el precio de las mercancías, además de repercutir en los salarios.

Hasta ahora (sobre todo entre 1964 y 1966) el número de barcos que cruzaban el Canal anualmente superaba los 20.000, con un tonelaje de unos 250 millones de toneladas. El 84 por 100 del transporte general de Sur a Norte por el Canal estaba representado por los petróleos. Los barcos británicos ocupaban, por otra parte, el primer puesto en el tráfico naval de Suez, y ese fue uno de los motivos de que hace pocos meses la Gran Bretaña se apresurase a restablecer sus relaciones con Egipto. Una de las principales misiones iniciales del embajador Sir Harold Beeley fue la de intentar contribuir en El Cairo para el logro de una paz próximo-oriental y en beneficio de la recuperación de los intereses británicos en el tráfico.

Otro de los puntos derivados de esto, fue al final de enero, el de que en Europa Occidental los principales armadores manifestaron sus deseos de subir los fletes para los transportes de las primeras materias, procedentes del este de Suez, sobre todo para el petróleo. Esos armadores iniciaron gestiones cerca de la compañía petrolífera, para tratar de ajustar los tipos de fletes afectados no solamente por el cierre actual del Canal, sino también por la devaluación de la libra esterlina, que aumenta el coste de los gastos navales. Las compañías petrolíferas acogieron muy mal la petición de los armadores (griegos, escandinavos, alemanes, holandeses, etc.), y dijeron que no pagarían más, aunque a fines de febrero se establecieron contactos de tanteo entre los navieros y las compañías.

Entre tanto va aumentando muy deprisa el número de grandes petroleros, que se construyen con más de 100.000 toneladas, con objeto de que de un sólo viaje se ahorren gastos de dos o tres viajes anteriores. Es evidente que la «guerra de los Seis Días» árabe-israelí fue la causa principal que ha acelerado la tendencia al gigantismo, que ya se manifestaba en las flotas petrolíferas. Después de junio se encargó la construcción de más de cien buques de 200.000 toneladas, y es probable que el número de ellos sea de unos 160 el año 1970. Hasta ahora esos buques gigantes comenzaron a ser construidos casi sólo en el Japón, que ofrecía ventajas de precios y fácil entrega (y allí, por ejemplo, está aún construyendo los suyos el célebre armador griego Niarchos), pero se están haciendo también esos buques gigantes en Francia, Inglaterra, Norteamérica, etc. Todos los cuales se botan ya con vistas a la ruta de El Cabo.

En Egipto, el organismo directivo del Canal de Suez confía en que si se llega pronto a conseguir de algún modo que los israelíes evacuen la orilla Este, podrán reanudarse unos trabajos que, bajo el nombre de «plan Nasser», se emprendieron en 1961, para que el tonelaje de los barcos en tránsito, que era de 30.000 toneladas, se eleve hasta un máximo de 100.000. Cuando en junio de 1967 estalló la guerra, los fondos del Canal servían para desplazamientos de entre 60.000 y 70.000 toneladas. Pero la limpieza, después de reparar los daños de la agresión, exigirá, además, más tiempo, más gastos y, por tanto, más altos derechos de paso, que pueden ser contraproducentes, pues en enero dijo en Londres el presidente de los armadores británicos, Anthony Crazer, que las elevaciones de tarifas de tránsito podrían hacer que la ruta de Suez se abandonase definitivamente (al menos para los petroleros, si no para las líneas de pasajeros).

Esta nueva amenaza posible y futura contra el Canal no sólo perjudicaría a la R. A. U. al privarla de lo que entre 1956 y 1966 llegó a constituir su segunda fuente de riqueza e ingreso de divisas después del algodón. También afectaría al sistema total de los países árabes que producen petróleo en el Próximo Oriente, porque les convertiría en simples productores de primeras materias, sin intervención en sus salidas y accesos a los mercados. Los árabes intentan ahora poner en práctica un sistema eficaz de mayor protección y mayores beneficios, después de haberse creado el 9 de enero en Beirut una «Organización Interárabe de Petróleos». Dicha Organización comprende inicialmente a los tres países que han firmado el pacto de Beirut; es decir, Kuwait, Libia y Arabia Saudita, pero podrá extenderse en el futuro a los otros países árabes productores. La sede de la nueva agrupación es Kuwait y su nombre internacional en inglés «Arab Petroleum Organisation».

Hasta ahora los diversos Estados árabes productores de petróleo componían, juntamente con Venezuela el Irán e Indonesia, la O. P. E. P. (Organización de Países Exportadores de Petróleo). La creación del organismo de Kuwait no representa una ruptura en el seno de la P. E. E. C., sino que sólo se propone reforzar la defensa del interés del grupo de los productores árabes, para la coordinación de sus proyectos de industrialización, distribución y aplicación de los ingresos del petróleo a sus desarrollos político-sociales.

En lo mundial, uno de los mayores motivos del interés acrecentado de la política petrolífera de los Estados árabes es que en el curso de los próximos diez años los petróleos del Cercano Oriente serán más indispensables que

nunca para Europa y Norteamérica. Así lo ha declarado en Washington George T. Piercy, vicepresidente de la «Standard Oil of New Jersey», afirmando que el Cercano Oriente constituye la mayor reserva del mundo de energía, puesto que solamente la Arabia Saudita y Kuwait disponen de tanto petróleo como los Estados Unidos y América del Sur juntos. Piercy ha dicho: «Nuestros amigos y aliados a través del mundo cuentan con el petróleo del Oriente Medio. Si estas naciones se viesen privadas de sus aprovisionamientos de dicho Oriente haría grandes daños a su economía, su estabilidad política y su seguridad militar.»

El uso del petróleo sigue siendo así para los árabes un factor de defensa económico moral, e incluso un factor de presión que ellos no se decidieron a utilizar en 1967 contra los países que apoyaron a Israel, puesto que no podían privarse de los ingresos de los tantos por cientos estipulados con las compañías anglosajonas. Pero las futuras concesiones serán muy diferentes, según los rumbos que han iniciado los tres países del pacto de Beirut, más el Iraq, dando las nuevas concesiones y explotaciones a entidades francesas, soviéticas, japonesas y españolas.

Así es siempre posible la revisión (y puesta al día con mayor flexibilidad o mayor endurecimiento) de los acuerdos que los Estados de la Liga Árabe tomaron en su «cumbre» de Jartum. Pero uno de los motivos de que se haya aplazado la proyectada nueva «cumbre» en Rabat ha sido la necesidad de dejar libertad de maniobra inmediata a los países que fueron más afectados por la agresión israelí.

En el caso de la R. A. U., después de haber fallado el intento del desbloqueo de los buques encallados en el Canal, no se excluyen los propósitos de consentir en que se llegasen a arreglos provisionales o iniciales con Israel, siempre que en primer lugar Israel reconociese la primacía de la resolución de la O. N. U. del 22 de noviembre. Israel no niega la resolución, pero no hace nada para cumplirla. Sobre ambas actividades se ha escrito gráficamente en el diario parisién *Le Monde* que Israel dice ahora: «No, pero...», mientras la R. A. U. responde: «Sí, pero...»

El reconocimiento pleno de la resolución por Israel podría significar que renunciaba a que la fuerza pudiese seguir siendo su principal argumento; y en ese caso no sería imposible que árabes y sionistas acudiesen a la isla de Chipre para deliberar, junto a los representantes de la O. N. U., de un modo semejante a lo que en 1949 ocurrió con las negociaciones de Rodas. Gunnar Jarring se entrevistó a este respecto el 1 de marzo con U. Thant

en Nueva York, y se esperaba una respuesta de los países árabes. Una nueva dificultad, surgida a última hora, era la de los nuevos decretos que los gobernantes de Israel habían dado por sorpresa el mismo día 1, suprimiendo el nombre de «zonas ocupadas» para las partes arrebatadas a Jordania. Aunque el ministro israelí del Interior, Moshe Haim Shapiro, ha dicho que «no se trata de anexionar dichas zonas», la nueva medida ha aumentado la inquietud, y es posible que dé al traste con los buenos propósitos de U. Thant.

Entre tanto la tónica general de los gobernantes y los pueblos arábigos en el Cercano Oriente tiende a ser la de una creciente serenidad en su compás de espera, convencidos de que al pasar el tiempo mejoran sus posibilidades internacionales. Uno de los momentos claves de dicha espera fue el del Congreso de periodistas de los países árabes, celebrado en El Cairo durante la primera quincena de febrero. En una entrevista especial que los congresistas tuvieron con el presidente Gamal Abdel Nasser, el jefe del Estado de la R. A. U. reiteró el deseo común de «arreglar pacíficamente, si es posible, el problema de Palestina, y la ocupación de territorios árabes», pero también la decisión de «salvaguardar a toda costa nuestra unidad árabe, nuestros principios, nuestros objetivos, nuestra independencia», de concentrar los recursos de los diversos países para los mismos objetivos.

En general, puede afirmarse que los reveses militares de junio sirvieron para revisar los valores arábigos, y las posibilidades en reserva, que si hasta ahora parecían escasas era por estar dispersas.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

